

NACE CASTILLA

P IENSO que no estaría completo el concepto primario del gen nacional si no estudiásemos de pasada una gloriosa salida de pata de banco.

La monarquía astur-leonesa, fortalecida y llena de virtudes castrenses, no puede salvar los montes de Avila ni las parameras de Soria porque tiene a su costado a los árabes en Zaragoza, Ateca, Ariza y Alhama. Está perfectamente embolsada. Intenta dirigirse hacia el Sur, pero Al Andalus resulta prácticamente inexpugnable. Desde los primeros tiempos, las tierras de Segovia, Avila con su ancho campo de Arévalo, tan rico en historia, Sanchidrián y otros pueblos, sostienen lo que pudiéramos llamar una autonomía de hecho aunque no de derecho. Pagan tributos al Rey de León. Son cristianos, pero en el primer intento de censo que realiza Ramiro III, mi ilustre antepasado, se le escapan las tierras del Sur, y los lugareños son rebeldes a las constantes demandas de levás por parte de los monarcas astur-leoneses. Algunos vecinos de los pueblos de esta comarca, ribereña en parte con el Duero, y más abajo con los castros de Magerit y Al Malid, sostienen buenas relaciones con los árabes.

Aparece de pronto una extraña figura. Es uno de esos descubrimientos españoles que justifica el millón de medianías que producimos al año y que nos produce asombro y, hasta cierto punto, estupor. El Conde Fernán González, que lo es de una tierra sin definir ni geográfica ni antropológicamente, decide emanciparse de sus obligaciones feudatarias ante los reyes de León y crear él mismo un país que recoja todo aquello a donde no han podido llegar los leoneses. Fernán González es un hombre con carisma, joven. Las Crónicas nos lo pintan bello, excelente jinete. Cojo, al parecer, por una hazaña de guerra. Ha peleado junto a Ramiro y decide de pronto que ya es bastante.

El pueblo le sigue con los ojos cerrados. Ese pueblo "insano e poco favorecedor", se aglutina alrededor de Fernán González. La independencia de Castilla es ya un hecho. Responde al taifismo y al centrifugismo esenciales en el español. Casi al tiempo, el Califa de Córdoba tiene que hacer una severa matanza en tierras de Jaén por el intento de Abn Hussin de declararse independiente como Califa de Jaén. Tras los pasos de Fernán González marchan todos los hombres de Burgos, de parte de la Rioja, del lejano Norte cántabro; se le unen los segovianos y las gentes de Medinaceli, que fue un pastel que no pudo morder el ejército árabe. Fernán González crea el condado de Castilla. Es un visionario rebelde. Es, al tiempo, un jaquetón. Hombre de enorme fortuna con las mujeres, ignora, cuando decide la emancipación, cuáles serán las rutas que seguirá aquel condado precario que él ha declarado independiente con la bandera azul —que no morada— frente a los pendones rojos de León.

Fernán González tiene auténtica fuerza para conseguir que el pueblo le siga. Y el pueblo sigue a su "cabdillo" sin hacerse muchas reflexiones. Son las gentes de Fernán González las que primero acosan el campamento de Magerit, que más tarde sería un logro de Alfonso VI cuando Castilla era ya un auténtico reino por derecho. Este extraño condado, surgido de una emancipación alevosa, de un culto al taifismo peninsular, va a convertirse, por uno de los muchos misterios que la Historia encierra, en la doble fuerza centrípeta y centrífuga de España.

Los reyes de León no pudieron creer nunca que aquel conde, muy parecido a Francois Villón, "pecador incansable y penitente audaz", pudiese recabar los tributos de las tierras fronterizas con los árabes y pelear con fortuna primero contra los ejércitos leoneses que venían a menoscabar su independencia y después contra los moros a quienes, a pesar de tenerle por enemigo, cae irremediabilmente simpático.

Zahir Fuyad escribe: "Es valeroso el infiel; y arrogante. Cree en su Dios y tiene, como nosotros, muchas mujeres, pero sólo una legítima. Engendrará una estirpe recia si antes no es muerto en batalla". Las palabras de Zahir Fuyad fueron una profecía.